

ROBERT CRAIS

EL ÁNGEL
DEMOLEDOR



Carol Starkey era una agente de la Brigada de Desactivación de Explosivos de la policía de Los Ángeles hasta que en una explosión ella quedó herida y su compañero y amante muerto. Trasladada a la Sección de Conspiraciones Criminales la muerte en una explosión de otro compañero, muerte que deberá investigar, la devuelve a aquellos tiempos con todo lo que significa. Por otra parte, la intromisión en la investigación de un agente federal acrecentará tanto su preocupación por la investigación como sus temores por que le quiten el caso de las manos.

Para Jeffrey y Celia

EL ÁNGEL DEMOLEDOR

Robert Crais

AGRADECIMIENTOS

El autor desea expresar su gratitud a las siguientes personas por la ayuda que le han prestado: inspector John Petievich, Departamento de Policía de Los Ángeles (jubilado); inspector Paul Bishop, Departamento de Policía de Los Ángeles; inspector Bob Nelson, Sección de Conspiraciones Criminales, Departamento de Policía de Los Ángeles (jubilado); teniente Mike DeCoudres, oficial superior, Brigada de Desactivación de Explosivos, Departamento de Policía de Los Ángeles; sargento Joe Pau, supervisor, Brigada de Desactivación de Explosivos, Departamento de Policía de Los Ángeles; teniente Anthony Alba, Asuntos Públicos, Departamento de Policía de Los Ángeles; agente especial Charles Hustmyer, ATF; Stephen B. Scheid, especialista en explosivos, ATF; Marc Scott Taylor, Technical Associates, Inc.; Steven B. Richlin, optometrista; Jane Bryson; Angela Donahue, Unidad de Psicología, Departamento de Policía de Los Ángeles; Patricia Crais; Celia Gleason; Clay Fourrier; Leslie Day; Tami Hoag; Gerald Petievich; Shawn Coyne; Steve Rubin; Gina Centrello; Aaron Priest; Norman Kurland; Emile Gladstone; Tricia Davey; Jonathan King y Laurence Mark.

Los artificieros con los que he hablado han expresado su lógica preocupación ante la posibilidad de que este libro contuviera información detallada o revelase con exactitud la forma en que ejercen su oficio los técnicos encargados de desactivar artefactos explosivos. Para evitar esta posibilidad he cambiado algunos hechos y métodos de trabajo y novelado otros. Los profesionales entendidos en este cam-

po deberán tener en cuenta que las inexactitudes técnicas y metodológicas que aparecen en este libro son responsabilidad exclusiva del autor.

PRÓLOGO

Aviso de bomba de código tres Brigada de Desactivación de Explosivos Silver Lake (California)

Charlie Riggio miró fijamente la caja de cartón colocada junto al contenedor de basuras. Era de El Gigante Verde y por la parte superior sobresalía una bolsa de papel marrón arrugada que llevaba impresas las palabras «Judías verdes». Ni Riggio ni los dos agentes uniformados que le acompañaban pasaron de la esquina del pequeño centro comercial de Sunset Boulevard junto al que se encontraban; desde allí veían perfectamente la caja.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Uno de los agentes de patrulla, un filipino llamado Ruiz, consultó su reloj.

—Nos ha llegado el aviso hace un par de horas y hemos venido enseguida.

—¿Habéis encontrado a alguien que haya visto cómo ha llegado hasta aquí?

—No, no hemos encontrado a nadie.

Mason, el agente negro que le acompañaba, asintió.

—Ruiz ha ido hasta allí y ha mirado dentro de la bolsa. Este filipino está chalado.

—Bueno, ¿qué has visto?

—Ya se lo he dicho al sargento.

—Dímelo a mí. Yo soy el gilipollas que va a acercarse a esa mierda.

Ruiz le contó que había visto las tapas roscadas de dos tuberías galvanizadas unidas con cinta aislante negra. Estaban no muy bien envueltas en papel de periódico y sólo había podido ver los extremos.

Riggio consideró la cuestión. Estaban en un pequeño centro comercial de Sunset Boulevard, a la altura de Silver Lake, una zona que en los últimos meses había experimentado un fuerte crecimiento de las actividades de las bandas callejeras. Los miembros de las bandas robaban tuberías galvanizadas de las obras o arrancaban tubos de PVC del jardín de algún desgraciado y los llenaban de pólvora o cabezas de cerillas. Riggio no sabía si en la caja de El Gigante Verde había una bomba de verdad o no, pero tenía que actuar como si la hubiera, como hacía siempre que había una amenaza de bomba. En más del noventa y cinco por ciento de los casos se trataba de aerosoles de laca, mochilas de estudiantes o, como en el último aviso al que había acudido Riggio, un kilo de marihuana envuelto en pañales. Sólo uno de cada cien artefactos era «munición improvisada», como lo llamaban los artificieros, es decir, una bomba casera.

—¿Has oído un tictac o algo parecido?

—No.

—¿Has olido a quemado?

—No, no.

—¿Has abierto la bolsa para ver mejor?

—Coño, claro que no.

—¿Has movido la caja o alguna otra cosa?

Ruiz sonrió, como si Riggio estuviera chiflado.

—Mira, tío, he visto las tuberías y me he cagado en los pantalones. ¡Lo único que he movido han sido los pies!

Mason se echó a reír.

Riggio se acercó a su coche. La Brigada de Desactivación de Explosivos conducía suburbans azul oscuro con una raya blanca repletos de todo el material que usaban los artificieros, a excepción de los robots. Si alguien quería utili-

zarlos, tenía que pedirlos expresamente, y él no tenía la más mínima intención de hacerlo. El robot se quedaría atascado en cualquiera de los baches que había alrededor de la caja.

Riggio se acercó a su supervisor, Buck Daggett, que estaba ordenándole a un sargento de uniforme que evacuase la zona en un radio de cien metros. Ya se había avisado a los bomberos, y las ambulancias estaban en camino. Se había cerrado Sunset Boulevard y desviado el tráfico. Y todo aquel jaleo por algo que acabaría siendo un trozo de sifón desechado por algún fontanero del barrio.

—Oye, Buck, le voy a echar un vistazo a la cosa esa.

—Quiero que te pongas el traje.

—Hace demasiado calor. Me pongo el protector de pecho para la primera ojeada, y si tengo que sacar el desactivador ya me pondré el traje.

De entrada sólo utilizaría un aparato de rayos X portátil para ver el interior de la bolsa. Si el contenido parecía una bomba, entonces prepararía una estrategia con Daggett y desactivaría el artefacto o lo explosionaría allí mismo.

—Quiero que te pongas el traje, Charlie. Hoy tengo un presentimiento.

—Tú siempre tienes presentimientos.

—Ya, pero además tengo los galones de sargento. Ponte el traje.

El traje blindado pesaba casi cuarenta kilos. Estaba hecho de placas de kevlar con un grueso forro de nomex, y le cubría la totalidad del cuerpo, a excepción de las manos, que quedaban al descubierto. El artificiero necesitaba la destreza de unos dedos totalmente libres.

Una vez colocado el traje, Riggio agarró la unidad de rayos X Real Time RTR3 y avanzó torpemente hacia la caja. Caminar con aquel traje era como moverse con el cuerpo envuelto en una colcha mojada, pero con más calor. Sólo llevaba tres minutos metido dentro y ya le caía el sudor por los ojos. Y además iba arrastrando un cable de seguridad y

un cordón que le conectaba con Daggett mediante un comunicador de télex. Otro cable enlazaba el Real Time con un ordenador situado en la parte trasera del suburban. Tenía la sensación de estar tirando de un arado.

La voz de Daggett le llegó directamente al oído.

—¿Qué tal vas?

—Pues sudando a mares, gracias a ti.

Aquel era el peor momento para Riggio, cuando se acercaba a un objeto sin saber qué era. Siempre pasaba lo mismo: se imaginaba que el artefacto desconocido era una bestia con vida y mente propias. Como un pitbull dormido. Si lo abordaba con cuidado y se movía correctamente, no pasaría nada. Si lo asustaba, el monstruo lo descuartizaría vivo.

Tras ochenta y dos pasos ralentizados, llegó hasta la caja.

No tenía ninguna característica especial salvo una mancha húmeda en una esquina, que parecía una meada de perro. La bolsa de papel marrón, arrugada y desigual, estaba abierta. Riggio miró dentro sin tocarla. No le resultaba nada fácil inclinarse, y cuando por fin lo consiguió, el sudor cayó de la cara sobre la placa de lexan de la cara como si fuera lluvia.

Vio las dos tuberías que había descrito Ruiz. Los extremos tenían unos cinco centímetros de diámetro y estaban unidos con cinta aislante, pero el resto no se veía. Se hallaban envueltos de forma descuidada en papel de periódico, y sólo quedaban los extremos al descubierto.

—¿Qué pinta tiene? —le preguntó Daggett.

—Pues hay dos tuberías y no se ve más. Un momento, voy a hacer una foto.

Riggio colocó el Real Time RTR3 en el suelo junto a la base de la caja para conseguir una imagen lateral, y lo encendió. La imagen que apareció era una sombra translúcida como las que ven los agentes de seguridad en los aparatos de control de equipajes de los aeropuertos. Lo mismo se

veía en dos pantallas: una para Riggio, encima en la parte superior del RTR3, y otra en el ordenador instalado dentro del suburban.

Charlie Riggio sonrió.

—Qué hijo de puta. Esto es una bomba, Buck.

—Ya lo veo.

Las dos tuberías eran sombras inescrutables, y entre ellas parecía que hubiera una bobina de alambre o mecha. No se veía ningún temporizador ni ningún detonador más elaborado, por lo que Riggio llegó a la conclusión de que se trataba de un artilugio hecho en el garaje de su casa por algún miembro de una banda del barrio con ganas de hacer ruido, algo sencillo, tosco y no demasiado difícil de desactivar.

—Esto está chupado, Buck. Es de las que enciendes la mecha y sales pitando.

—Ten cuidado, Charlie. A lo mejor tiene un interruptor de movimiento escondido por algún lado.

—No voy a tocarla, Buck. Joder, sí que confías en mí...

—No seas gilipollas. Haz las fotos y luego miramos a ver qué es.

El método consistía en hacer una serie de fotografías digitales del artefacto mediante el Real Time en ángulos de cuarenta y cinco grados. Una vez conseguidas las imágenes, Riggio volvería al suburban, donde decidiría con Daggett la mejor forma de destruirlo o desactivarlo.

Riggio dio la vuelta a la caja, tomando fotografías con el Real Time desde los distintos ángulos. No sintió miedo al hacerlo porque ya sabía qué era lo que tenía delante y confiaba en ganar la batalla. En los seis años que llevaba en la Brigada de Desactivación de Explosivos se había enfrentado a cuarenta y ocho paquetes sospechosos; sólo nueve de ellos habían resultado auténticas bombas. Ninguna había explotado sin que él controlara la situación.

—¿Por qué no dices nada, Charlie? ¿Va todo bien?

—Es que tengo que ir con cuidado con los baches, sargento. Ya casi estoy. Eh, ¿sabes una cosa? Se me acaba de ocurrir una idea.

—Ten cuidado, no estás acostumbrado.

—¿Sabes esa gente de los publrreportajes de la tele que se gana una pasta vendiendo pura mierda? Pues nosotros podríamos vender estos trajes para gordos. ¿Qué te parece? En cuanto uno se lo pone, se adelgaza al instante.

—Haz el favor de concentrarte en esa bomba, Riggio. ¿Qué tal llevas la temperatura corporal?

—Bien, bien.

En realidad tenía tanto calor que estaba mareándose, pero quería conseguir imágenes precisas. Al dar la vuelta alrededor de la caja parecía un astronauta. Una vez que tuvo todos los ángulos laterales colocó el Real Time justo encima para sacar una imagen en picado. Entonces vio una sombra que no se apreciaba desde los lados.

—Buck, ¿ves eso? Creo que tengo algo.

—¿Qué tienes?

—Ahí, en la imagen en picado. Haz una foto.

Una sombra delgada como un cabello surgía del lado de una de las tuberías y se alargaba por detrás de la bobina. Era un cable que no estaba conectado a los demás. Esto le confundió, hasta que de repente se le ocurrió algo que lo cambiaba todo: quizá la bobina sólo servía para ocultar aquel otro cable.

En aquel momento se apoderó de él el miedo y sintió un nudo en la garganta. Quiso decirle algo a Buck Daggett, pero no le salieron las palabras.

La bomba hizo explosión a una velocidad de treinta mil kilómetros por hora, veintidós veces más rápida que una bala de nueve milímetros al salir por la boca de una pistola. El estallido de luz blanca provocó calor suficiente para derretir el hierro. La presión del aire pasó de los cien mil newtons por metro cuadrado normales a casi un millón cuatrocientos mil, destrozó las tuberías de hierro y las dejó con-

vertidas en aguzados pedazos de metralla que agujonearon el traje de kevlar como balas ultrarrápidas. La onda expansiva chocó contra el cuerpo de Riggio con una sobrepresión de ciento treinta y cinco mil kilos, le aplastó el pecho, le reventó el hígado, el bazo y los pulmones y le seccionó las manos, que no estaban protegidas. Charlie Riggio salió disparado hacia arriba hasta más de cuatro metros y aterrizó a casi doce de donde se hallaba.

Incluso a tan poca distancia del punto de detonación, Riggio habría podido sobrevivir si hubiera sido una bomba fabricada en el garaje de su casa por un miembro de una banda callejera con material improvisado.

Pero no lo era.

Alrededor de Charlie Riggio seguían cayendo trozos de asfalto y acero como una lluvia sangrienta, mucho después de que hubiera muerto.

PRIMERA PARTE

1

—Cuéntame lo del dedo. Ya sé lo que me has explicado por teléfono, pero ahora quiero saberlo todo.

Starkey consumió más de un centímetro de cigarrillo y tiró la ceniza al suelo, sin molestarse en acercar la mano al cenicero. Lo hacía cuando le daba rabia estar allí, es decir, siempre.

—Échala en el cenicero, Carol.

—Ha sido sin querer.

—No ha sido sin querer.

Carol Starkey, inspectora de segundo grado, le dio otra buena calada al cigarrillo y lo apagó. Al principio Dana Williams no le dejaba fumar en las sesiones, pero desde entonces había pasado por cuatro terapeutas más. Mientras Starkey iba por el segundo y el tercero, Dana había vuelto a fumar y ya no le importaba. A veces fumaban las dos, y la habitación se llenaba de tanto humo que recordaba el cielo de Los Ángeles en uno de esos días de feroz contaminación.

Starkey se encogió de hombros.

—No, supongo que no ha sido sin querer. Es que estoy de mala leche, ¿sabes? Han pasado tres años y aquí estoy, donde empecé.

—Conmigo.

—Pues sí. Como si en tres años no pudiera haber superado toda esta mierda.

—Bueno, Carol, cuéntame lo que pasó. Cuéntame lo del dedo de esa niña.